



Col. S. A. Lockridge, Nicaraguan Army.
Ambrotyped by Brady.

*El coronel S. A. Lockridge, del ejército nicaragüense.
Fotografiado por Brady.*

COL. S. A. LOCKRIDGE OF NICARAGUA

If any one who has escaped a grave in Nicaragua will look back with more regret than another upon that country, that person is Col. Lockridge. The victim of unfortunate circumstances, he has become associated with the loss of the command of San Juan river, which precipitated, with the subsequent action of the English and American forces combined, the final overthrow of Gen. Walker and the cause of progress in Nicaragua. Col. Lockridge on December the 17th, 1856, started for the United States as an agent for Gen. Walker. When he arrived at Castillo Rapids on the San Juan, he heard

EL CORONEL S. A. LOCKRIDGE, DE NICARAGUA

Si cualquiera que se haya escapado de tener su tumba en Nicaragua, recuerda con mayor pesar que otro aquel país, esa persona es el Coronel Lockridge. Víctima de desafortunadas circunstancias, él ha llegado a estar asociado con la pérdida del dominio del río San Juan, lo que precipitó, con la posterior acción de las fuerzas Inglesas y Americanas combinadas, el derrocamiento final del General Walker y de la causa del progreso en Nicaragua. El Coronel Lockridge, el 17 de Diciembre de 1856, salió para los Estados Unidos como agente del General Walker. Cuando llegó a los Raudales del Castillo

that the Costa Ricans were taking possession of the Nicaraguan steamers. Perfectly helpless to prevent the catastrophe, he was suddenly cheered by the arrival of two hundred and twenty men from New Orleans, whom, in spite of the interference of the English officers, he got ashore, and entrenched at Serapiquí. On the 3d of March, while busily engaged in preparing to attack the Costa Ricans at Castillo, Col. Titus arrived with two hundred and thirty men, mostly from Kansas. With such an amount of force Col. Lockridge dreamed that the river route would soon again be opened, and that the Costa Ricans would be driven back to their own fastnesses, but fortune, although giving him apparently the material to bring about his desired object, denied him the fruition of his hopes. Col. Titus, with a force of nearly three hundred Americans, abandoned the attack on Castillo, held by twenty Costa Ricans, and fled down the river, a series of disasters followed, and Col. Lockridge, gallant and determined, was sacrificed.

Col. Lockridge is a native of Louisville, Kentucky, is six feet high, and has a fine military presence. In his manners he is mild and affable. He spent some six years in Costa Rica previous to the advent of Gen. Walker and still considers himself a citizen of that country. The cause, in his opinion, was never more hopeful, and there were never such abundant means at their disposal for carrying on the war; although the discipline of the camp prevails about the headquarters respecting the particular movements intended. Col. Lockridge is quite averse to being publicly mentioned in connection with the war, but this diffidence evidently is not put on from any want of confidence in his future success, as he was among the first to embark with Walker, and says he means to devote himself still to the freedom of Nicaragua, a consummation which will, in his opinion, soon be brought about.

en el San Juan, supo que los Costarricenses estaban tomando posesión de los vapores Nicaragüenses. Totalmente incapacitado para impedir la catástrofe, fue animado repentinamente con la llegada de doscientos veinte hombres procedentes de Nueva Orleans, a quienes, a pesar de la interferencia de los oficiales Ingleses, logró desembarcar, y se atrincheró en Sarapiquí. El 3 de Marzo, mientras estaba atareado en prepararse para atacar a los Costarricenses en el Castillo, llegó el Coronel Titus con doscientos treinta hombres, la mayoría de Kansas. Con tal cantidad de fuerzas, el Coronel Lockridge soñaba que la ruta del río sería de nuevo abierta, y que los Costarricenses serían arrojados de sus propias fortalezas, pero la fortuna, aunque le daba aparentemente el material para lograr su objetivo deseado, le negó el goce de sus esperanzas. El Coronel Titus, con una fuerza de cerca de trescientos Americanos, abandonó el ataque al Castillo, sostenido por veinte Costarricenses, huyó río abajo, siguió una serie de desastres y el Coronel Lockridge, valiente y decidido, fue sacrificado.

El Coronel Lockridge es nativo de Louisville, Kentucky, es seis pies de alto y tiene un excelente aspecto militar. En sus modales él es suave y afable. Pasó unos seis años en Costa Rica, previo a la llegada del General Walker, y todavía se considera ciudadano de aquel país. La causa, en su opinión, nunca estuvo más llena de promesas, y nunca hubo tal abundancia de medios a su disposición para llevar adelante la guerra; aunque la disciplina del campamento prevalece en el cuartel general en lo que se refiere a movimientos particulares por ejecutarse. El Coronel Lockridge, es bastante remiso a ser mencionado en público en conexión con la guerra, pero ese apocamiento no es por falta de confianza en su éxito futuro, puesto que fue entre los primeros en embarcarse con Walker, y dice que desea dedicarse aún a la libertad de Nicaragua, una realización que, en su opinión, pronto se logrará.





Lake Managua and the volcano of Messiah, Nicaragua, Central America. From an original drawing by G. W. Bowly.

El lago de Managua y el volcán de Masaya, en Nicaragua, América Central. De un dibujo original de G. W. Bowly.

TRIP TO THE GOLD MINES OF NICARAGUA¹

By GEORGE H. BOWLY

A bad start; from Granada to Sippi-Sapa—description of the wonderful parasite Mata-Palo, or hill tree; appearance of the towns; the Padre; a sleepy Señor; interesting old lady; her hard fortune; an adventure while bathing; Sevico, the Weathersfield of Nicaragua—incident connected with its early history; a sudden change of scenery; Hacienda of San Ramon; a native Nicaraguan gold crusher; good eating extempore; abundance of gold.

In the month of June, 1854, I happened to be on business in the city of Granada, Nicaragua, having concluded which, I proposed to my friends who were with me to make a trip to the mining region of Matagalpa. They, however, had other things to attend to and declined. I determined to go without them, and as I was not acquainted with the roads, resolved upon hiring a native to accompany me.

Having found a man just come from the country with a cargo (mule load) of onions from Sevico—the Weathersfield of Nicaragua—who was about to return, I bargained with him to accompany me. He agreed to go with me on foot for two dollars, but as I thought it would be a slow way to travel, I proposed for him to take a mule, to which he agreed for four dollars. I paid him one-half, and mounted; we started, he on foot driving his mule before him.

¹ *Editor's note* — It should be pointed out that Leslie's published this article in July, 1857, but Bowly pretends to have visited Nicaragua three years earlier, at the beginning of the revolution that brought Walker into the country.

VIAJE A LAS MINAS DE ORO DE NICARAGUA¹

Por GEORGE H. BOWLY

Un mal comienzo; de Granada a Tipitapa; descripción de la maravillosa parásita Matapalo; aspecto de las poblaciones; el Padre; un Señor soñoliento; anciana interesante; su dura suerte; una aventura durante el baño; Sébaco, el Weathersfield de Nicaragua; incidente conectado con su historia primitiva; un rápido cambio de escenario; hacienda de San Ramón; un autóctono triturador de oro Nicaragüense; buena comida improvisada; abundancia de oro.

En el mes de Junio de 1854, sucedió que yo andaba en un negocio en la ciudad de Granada, Nicaragua, habiendo cerrado el cual, propuse a los amigos que iban conmigo que hiciéramos un viaje a la región minera de Matagalpa. Ellos, sin embargo, tenían otras cosas que hacer, y rehusaron. Yo decidí irme sin ellos, y, como no estaba familiarizado con el camino, resolví emplear a un nativo para que me acompañara.

Habiendo encontrado a un hombre que acababa de llegar de la región con una carga de cebollas de Sébaco—el Weathersfield de Nicaragua—y estaba por regresar, traté con él para que me acompañara. Convino ir conmigo a pie por dos dólares, pero como pensé que sería una forma muy lenta de viajar, le propuse que tomara una mula, en lo que convenimos por cuatro dólares. Le pagué la mitad, y monté; comenzamos, él a pie arreando la mula por delante.

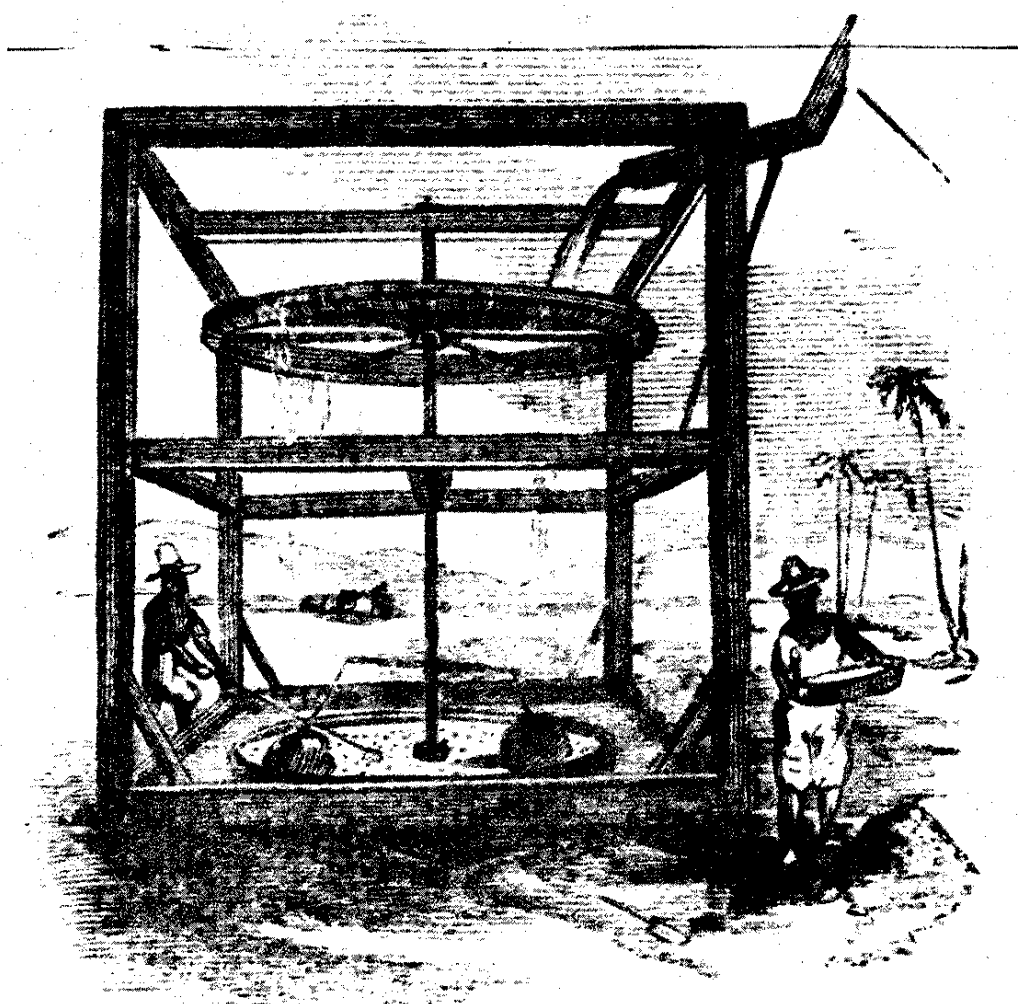
¹ *Nota del Editor* — Se debe notar que Leslie's publicó este artículo en julio de 1857, pero Bowly pretende haber estado en Nicaragua tres años antes, cuando comenzaba la revolución que originó la intervención de Walker en el país.

I thought, of course, that he would mount after we got out of the town, and travelled on in this manner some few miles, in which distance I had to wait for him frequently; and, finally finding that "taking a mule" with him, was actually slower than if he had gone without, I determined to abandon the hope of a companion, for I found his mule to be so intractable, that he could not mount behind me; I therefore left him, and went upon my winding way alone.

The road from Granada to Sippi-Sapa—the river connecting Nicaragua and Managua—is through one of the most fertile as well as one of the most interesting parts of the State, winding round the lake a short distance from its shore, and varied with almost every variety of tree and shrub indigenous to these latitudes, the most conspicuous of which are a species of cotton-tree, the India-rubber, and the Mata-Palo, or hill-tree, a sketch of which will be found among our illustrations.

Pensé, por supuesto, que se montaría después de salir de la ciudad, y caminé de esa manera unas cuantas millas, en cuya distancia tuve que esperarlo con frecuencia; y, finalmente, viendo que "tomar una mula" para él significaba ir más despacio que si fuera sin ella, determiné abandonar la esperanza de un compañero, pues además encontré que su mula era tan intratable que él no podría ir detrás de mí, por lo que lo dejé, y seguí mi tortuoso camino solo.

El camino de Granada a Tipitapa—el río que conecta los lagos de Nicaragua y Managua—es a través de una de las más fértiles así como una de las más interesantes partes del Estado, serpenteando junto al lago a una corta distancia de su costa, y cambiante con casi toda variedad de árboles y arbustos naturales a estas latitudes, los más conspicuos de los cuales son una especie de ceiba, el palo de hule, y el matapalo, un boceto del cual se encuentra entre nuestras ilustraciones.

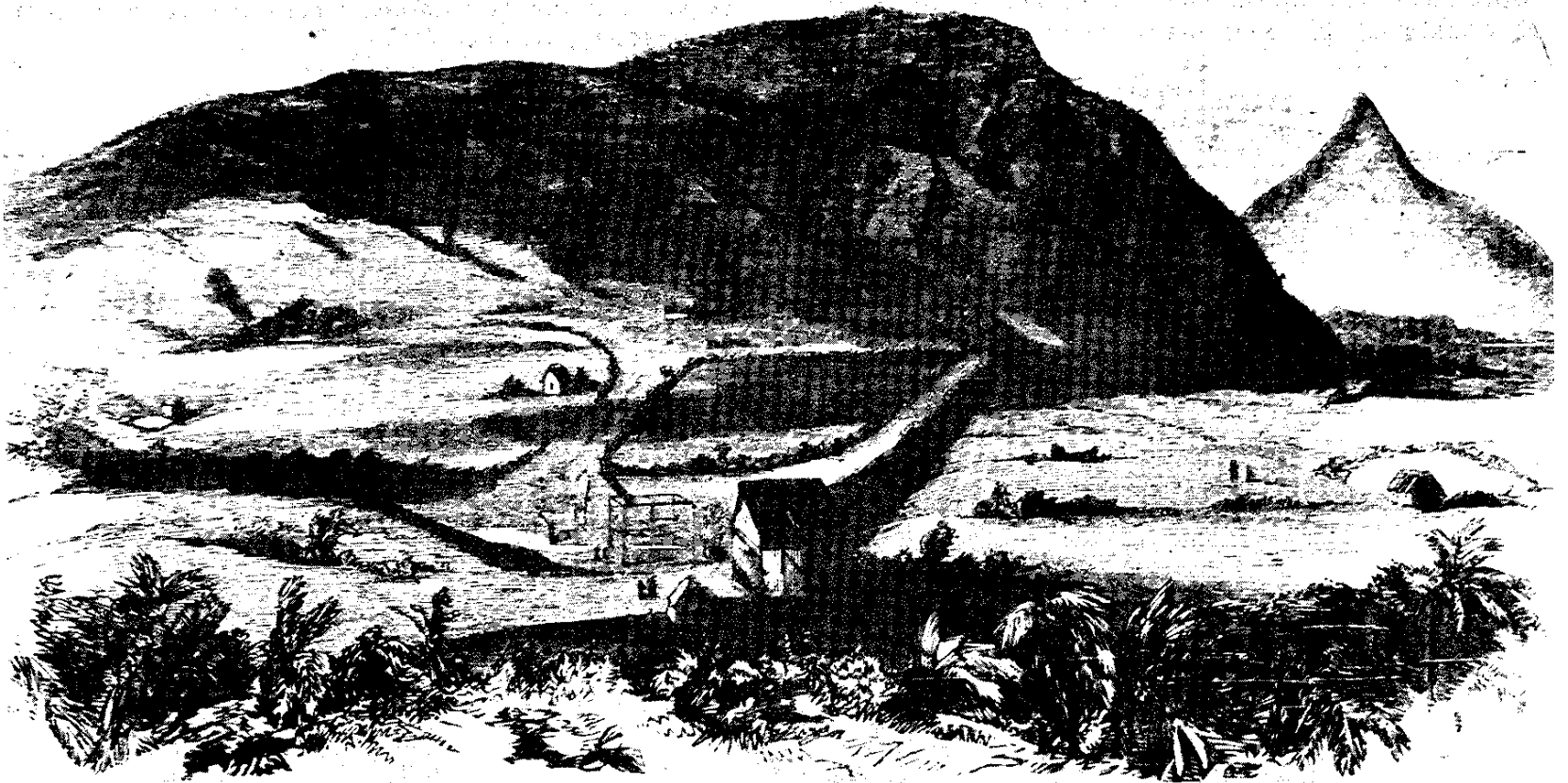


A native Nicaraguan gold crusher.

Triturador de oro que usan los nativos en Nicaragua.

This tree is one of the most remarkable features of this singular land; it is the rankest of all the rank growths; springing from the roots of some time-honored but decayed monarch of the forest, it creeps like a thread to the top, and then commences to spread, throwing its shade far and wide, while its roots penetrate its supporter at every joint along its whole line, thereby drawing the sap from its mother tree, and living upon its very vitals. These roots interlace the whole tree, and in time completely cover it, the old trunk and branches still proudly bearing up its destroyers; but ere long signs are seen of destruction, the leaves change their hue, portions

Este árbol es uno con las más notables características de esta tierra singular; es el más exuberante de toda la exuberante vegetación; brotando de las raíces de algún consagrado pero decrepito monarca del bosque, se arrastra como una hebra a la cima, y luego comienza a extenderse, echando su sombra por todas partes, mientras sus raíces penetran a su sostén en cada juntura a lo largo de toda la línea, sorbiendo allí la savia del árbol-madre y viviendo de sus entrañas. Estas raíces entrelazan todo el árbol, y con el tiempo, lo cubren totalmente, el viejo tronco y sus ramas aún cargan con orgullo a sus destructores; pero antes de mucho tiempo se ven señales de destrucción, las hojas cambian de color, porciones del



The gold mines of San Ramon, State of Nicaragua, Central America. From an original drawing by G. W. Bowly.

Las minas de oro de San Ramón, en el Estado de Nicaragua, América Central. De un dibujo original de G. W. Bowly.

decay, and after a certain length of time the old tree is buried in a living grave, eaten up, as it were, by the destroyer it fondly supported, when it was, unassisted unable to raise itself from the ground.

Not satisfied with this, the parasite then commences to suck its own sap; shooting out long fibres, that creep along its bark and enter again, or, hanging down until they touch a lateral limb, pierce it, until finally it becomes one mass of braces, so supported that it is stronger than the best framework can possibly be made, and now it stands like some great monster which has succeeded in securing the life-blood of those who raised it to a position, and, thus defiant, it swells out its filthy green boughs, its poisonous fibres drink in the deep pollution it has caused, while all around and beneath is devastation.

The crowing of game-cocks gave evidence that in this, as in all other places in this country, they still kept up the debasing practice of fighting these noble birds; each house having from two to a dozen fowls, tied by the leg to a roosting stool, and the Padres more than any of their flocks; a small grass-covered house occupied the centre of what was once (and, I believe, still is) called the Plaza, containing a butcher's stall, where meat was dealt out by the string in exchange for money, cocoa, plantains, and soap; a baker's dozen of dogs looked wistfully up as lean as the beef which they coveted, ready all to clutch the unmarrowed bones the butcher flung away as he satisfied himself with the exclamation, *que gordu* (how fat).

mismo se descomponen, y después de cierto tiempo, el viejo árbol es sepultado en una tumba viviente, devorado, como si dijéramos, por el destructor al que tan cariñosamente mantuvo, cuando era, sin ayuda, incapaz de levantarse del suelo.

No satisfecha con esto, la parásita comienza entonces a sorber su propia savia; lanzando sus largas fibras, que se arrastran por su corteza y penetran de nuevo, o, colgándose hasta que tocan una rama lateral, la atraviesan, hasta que finalmente se vuelve una masa de ligaduras, tan unidas que es más fuerte que la mejor armazón que pueda hacerse, y ahora se yergue como algún gran monstruo que ha logrado obtener la sangre de aquellos que lo elevaron a alguna posición, y así, desafiante, hincha sus asquerosos verdes brazos, sus fibras ponzoñosas beben en la profunda polución que han causado, mientras todo en su rededor y bajo él es desolación.

*El canto de los gallos de pelea dió pruebas de que en éste, como en todos los otros lugares del país, todavía mantienen la degradante práctica de echar a pelear estos nobles animales; cada casa tiene de dos a una docena de aves, atadas de una pata a una estaca, y los Padres más que cualquiera de sus feligreses; una pequeña casa cubierta de paja ocupaba el centro de lo que en un tiempo (y creo que todavía) llamaban Plaza, albergando un puesto de carnicero, donde la carne se vendía por tiras a cambio de dinero, cacao, plátanos, y jabón; una docena del fraile de perros miraban ávidamente hacia arriba, tan magros como la carne que codiciaban, listos a agarrar los descarnados huesos que el carnicero les arrojaba una vez que se convencía con la exclamación, *qué gordo!**

Putting myself up, or rather down, at the most inviting house, I entered the principal room, and found the Padre, the tailor, and the cock-jockey, who were so eager over their game of dice, that, for a time, they did not notice my appearance; they were betting high, however, having up *ten beans of cocoa* each; it is no wonder they did not notice me, having up such a stake, which, valued in money, would come to about one cent and three-fourths.

Acomodándome, o más bien, desincomodándome en la casa más atractiva, entré a la sala principal, y encontré al Padre, al sastre y al gallero, que estaban tan entusiasmados en un juego de dados, que por un rato no notaron mi presencia; estaban apostando fuerte, sin embargo, teniendo una parada de diez semillas de cacao cada uno; no es extraño que no me hayan notado, teniendo tanto en juego, lo que, valorado en dinero, vendría a ser como un centavo y tres cuartos.



The wonderful parasite mata-palo, or hill-tree.

La maravillosa parásita mata-palo, o hill tree.

The Padre at last got the "pool," as they generally do, and we were soon known to each other, and the Padre invited me to his house; but I must not attempt to tell *all* I saw and did—for over the Sierras is a long road to travel—suffice to say, that having become the observed of all observers, eating a compliment of badly cooked eggs, tortillas, poor beef, and having made friends of

El Padre, al fin, ganó la "polla"—como generalmente lo hacen—y pronto nos conocimos mutuamente, y me invitó a su casa; pero no debo intentar decir todo lo que ví e hice—pues el camino sobre las sierras es largo de recorrer—baste decir, que habiéndome convertido en el observado de todos los observadores, comiéndome un obsequio de huevos mal cocinados, tortillas y carne magra,

every one in the town and indulged in a night's rest, we (my horse and myself) again took to the road, giving the reins loosely that the animal should have his own gait, when suddenly a native boy overtook me in the road, bringing a spur I left behind and the Padre's respects. I had evidently made an impression on the Padre and some of his household, as I advise all to do who travel in such Catholic countries. The boy, who was going my way, pitched along as is usual, in a half trot, half walk, so I found the spur an acquisition to remind my horse that we were not there for the sole purpose of picking leaves from the roadside, and thus I managed to keep up a running conversation as we tripped along. The wild plums hung in rich profusion on the trees, and also the monkey-fruit, a very pleasant berry to the taste; but I remembered that once I had eaten too much of the latter, and the former needed cultivation to be sweet. In this slop-shod style, I soon reached the town of Sippi-Sapa, where the boy left me, because, as he said, "he did not wish to be pressed into the government service, for there were soldiers in the town;" so, with the parting salutation, he gave me *a Dios*, and was soon lost sight of behind the cactus that surrounded an old house on the outskirts of the village.

I had not proceeded far when two bayonets were presented to me, with the demand for a passport. Having none, I was escorted to the commandant to report myself, and after a long time persuaded him I was on a peaceable mission. He then gave me a pass to sign, after having, with the assistance of a clerk, used up three sheets of paper in making it out, who, upon seeing me sign, made this liberal remark, "Oh, I like that country (America), where, go into any corner of the States, and you will not find a person who cannot write his name, and read, too," saying which, he magnified himself into the utmost importance as one who was enlightened also, and swelled about considerably more when I spoke to him approvingly of his abilities, and all this, notwithstanding he had failed to get up a pass until the third writing; my object was accomplished, however, and I left.

A short distance brought me to the river Sippi-Sapa. A lunch, a bath near the hot spring, a drink for my horse, and I was prepared to cross. As I adjusted my saddle several women were preparing to follow me; I asked them how deep it was. "Only up to here," said they, making a mark across their persons; and as they made preparations to go on I thought it would be *rather* more gallant for me to be in front than behind, so I plunged in and found it fully up to the waist. Here I turned my attention to the fact of what an easy matter it would be to make a canal from one lake to the other, thereby adding sixty-five miles to the inland navigation, and I have since learned that it will be one of the first public works projected when things are settled in this distracted country; but allow me to say here, that should it by any accident fall back under its old rulers there is no hope for improvements; what nature's God made it so it will remain. But I am looking to the time when enlightenment shall have its steamers on the lakes, when peace shall be restored, cities built on the lovely sites marked out by nature for them, and the rich mines of this neighborhood pour their treasures through this channel, while cattle shall pasture on a thousand hills, flocks browse on the mountain tops, and miles of fertile soil, over which now all is desolation, shall then yield their bounteous supplies. If there be one who does not desire this

y habiéndome hecho amigo de todos en el pueblo y de haber gozado de una noche de descanso, nosotros (mi caballo y yo) emprendimos de nuevo el camino, dándole rienda suelta de modo que el animal siguiera su propio paso, cuando de pronto un muchacho nativo me alcanzó trayendo una espuela que había dejado y los saludos del Padre. Evidentemente había hecho una buena impresión al Padre y a todo su servicio, como les aconsejo que lo hagan a todos los que viajan en tales países Católicos. El muchacho que iba en mi camino, la emprendió como es corriente, en un semi trote, semi andadura, de modo que consideré la espuela una buena adquisición para recordar a mi caballo que no estábamos allí para el único propósito de pepenar hojas a la orilla del camino, y así logré mantener una corrida conversación mientras viajábamos. Los jocotes de monte colgaban en rica profusión de los árboles y también el aceituno, una fruta muy agradable al paladar, pero recordé que una vez había comido mucho de la última y que la primera necesita cultivo para endulzar. En este estilo desaliñado, pronto llegué al pueblo de Tipitapa, donde el muchacho me dejó, porque dijo "no deseaba ser presionado al servicio del gobierno, pues habían soldados en el pueblo," así, con los saludos de despedida, me dijo Adios y pronto se perdió de vista detrás de los cardones que rodean la vieja casa en las afueras del pueblo.

No había avanzado mucho cuando dos bayonetas se me presentaron exigiéndome un pasaporte. No teniendo ninguno, fui escoltado donde el comandante para informar acerca de mi persona, y después de un largo rato, lo persuadí de que yo andaba en una misión pacífica. Luego me dió un pase para firmar, después que con la ayuda de un empleado, había usado tres hojas de papel en hacerlo; el empleado al verme firmar, hizo esta observación: "Oh, me gusta ese país (los Estados Unidos) donde se va a cualquier rincón y uno no encuentra persona que no sepa escribir su nombre, y leerlo, también," diciendo lo cual se engrandeció a sí mismo en importancia como uno que era también ilustrado y se envaneció considerablemente más, cuando le hablé encomiásticamente de sus habilidades, y todo esto, a pesar de que había fracasado en preparar el pase hasta la tercera intentona; mi objetivo logrado, sin embargo, me alejé.

Una corta distancia me llevó al río Tipitapa. Un almuerzo, un baño cerca de las fuentes de aguas termales, una bebida para mi caballo, y estaba preparado para vadearlo. Mientras ajustaba mi montura varias mujeres se estaban preparando para seguirme; les pregunté cuán hondo era. "Sólo hasta aquí," dijeron, haciendo una señal sobre sus cuerpos; y mientras ellas hacían sus preparativos para cruzar, pensé que sería más galante que yo fuera adelante y no detrás, de modo que me arrojé y encontré que me llegaba a la cintura. Aquí, volví mi atención al hecho de qué fácil sería hacer un canal de un lago a otro, agregando así sesenta y cinco millas a la navegación interna, y desde entonces he sabido que es una de las primeras obras públicas proyectadas cuando las cosas se calmen en este perturbado país; pero permítaseme decir que si por cualquier circunstancia volviera a caer bajo sus antiguos gobernantes, no hay esperanza de mejoras; lo que el Dios de la naturaleza hizo, así quedará. Pero yo miro al tiempo en que la ilustración tendrá vapores en los lagos, cuando la paz sea restaurada, ciudades construidas en los preciosos sitios señalados por la naturaleza para ellas, y las ricas minas de esta vecindad derramen sus tesoros a través de este canal, mientras el ganado padece sobre un millar de colinas, y los rebaños ramonean en las cimas de las montañas; y millas de fértiles campos, sobre los que ahora todo es desolación, producirán entonces sus abundantes cosechas. Si

consummation let him speak, for him have I offended. If there be one who does not wish it let him speak, for he does not enter into the prayer of the poor down-trodden native.

From Sippi-Sapa to Concepción (a hacienda situated about midway on the stretch of land formed by the Chontales mountain on the east and Lake Managua on the west,) is a good morning ride; this land is of rather a barren nature, but produces more dyewood than perhaps any portion of the State, being studded with these valuable trees. Through this mine of wealth I passed, reaching Concepción in time to find the owner taking his siesta, or rather day-sleep, for he is in his swing nearly all the time, only rising to give his orders in a yawning manner, and then falling back in his hammock. Everything goes on of course in keeping with the Señor, and it is a deplorable picture indeed. With the greatest difficulty I managed to get a tortilla and a cup of chocolate.

Leaving the Señor in a glorious slumber I paid my fare to a servant and was once more on my way, now more barren, less frequented, and less interesting than the other portion of the road; the dyewood became scarcer and in its place the tree which produces the kind of gourd out of which the natives make their cups, of an ornamental as well as useful kind. Nothing here attracted my attention, and as I approached the foot of the mountains the country became more open, and I found that I had passed the place where I was to have staid over night. As the sun went down I began to feel somewhat uneasy, particularly as I heard an unearthly whine coming out from a most unpromising hill of unshapen rocks, the road at the same time becoming more obscure.

After travelling some time I began to feel the necessity of finding a house, if there was one, so I adopted the same plan I had done on other occasions and succeeded; I sung and whooped along the road as loud as I could, and in a short time I heard a dog bark some distance ahead. I followed the sound, and in a little time had the pleasure of seeing a small hut amongst the trees situated upon a hill, which after considerable trouble I managed to ascend. As I reached the house an old woman of perhaps seventy years met me, and after a salutation, which was very hurried, she plied me with questions as fast as she could utter them, inviting me at the same time to come in. Now I do not pretend to say there was anything of a very attractive character about the house, but one feels under a roof that there is a security; although the grass might be softer than the beds, the open air sweeter than the fumes of a half-smothered fire, yet you feel that you have the companionship of your species, and, as in this instance, accept a bed of reeds and your saddle for a pillow, rather than not feel you are not near some human being.

This old house proved to be a hospitable one, notwithstanding its unpromising exterior; for the old lady, one of the ancient stock, still retained the impression of former years, when hope painted everything in fairy colors, and her confidence increased in me as she saw that I evidently took an interest in all she said of her former position, family and wealth, things she possessed until the series of civil wars commenced which have rendered this elysium a howling wilderness.

Having despatched a boy to the lake for some fish, the señorita commenced the preparations for a meal; meantime she fell into a rambling description of her life and family, and told me how she had been born of a noble family, grown to promising womanhood, was mar-

hay alguien que no desee que esto suceda, que proteste porque lo he ofendido. Si hay alguien que no lo desee, que proteste, pues él no entrará en las oraciones del pobre nativo pisoteado.

De Tipitapa a la Concepción (una hacienda situada como a medio camino en el trecho de tierra formado por las montañas de Chontales al este y el Lago de Managua al oeste,) es una buena jornada de toda la mañana; esta tierra es de una naturaleza más bien yerma, pero produce más madera de tinte que quizás cualquier porción del Estado, estando tachonada de estos valiosos árboles. A través de esta mina de riqueza, yo pasé, llegando a Concepción a tiempo de encontrar al dueño haciendo la siesta, o más bien la dormida del día, pues él se pasa meciéndose casi todo el tiempo, levantándose solamente a dar sus órdenes entre bostezos, para luego caer de nuevo en su hamaca. Todo va, por supuesto, en armonía con el señor, y es un cuadro en realidad deplorable. Con la mayor dificultad, logré conseguir una tortilla y una taza de chocolate.

Dejando al señor en su glorioso sopor, pagué mi comida a una sirvienta y estaba una vez más en mi camino, ahora más yermo, menos frecuentado y menos interesante que la otra parte; la madera de tinte se hizo más escasa, y en su lugar aparecieron los árboles que producen la especie de calabaza, (jicaros), de la cual los nativos hacen sus tazas, de una clase ornamental, así como útil. Nada aquí atrajo mi atención, y mientras me aproximaba al pie de las montañas, la región se tornaba más abierta, y encontré que me había pasado del lugar donde debía pasar la noche. Mientras el sol caía, comencé a sentirme algo inquieto, particularmente al oír un espantoso quejido que venía de una desamparada colina de rocas informes, haciéndose el camino cada vez más oscuro.

Después de caminar por un rato, comencé a sentir la necesidad de encontrar una casa, si es que había una, así es que adopté el mismo truco que había usado en otras ocasiones, y tuve éxito; me puse a cantar y gritar a lo largo del camino tan alto como pudiera, y en corto tiempo oí ladrar un perro a alguna distancia. Seguí al sonido y en poco tiempo tuve el placer de ver una pequeña choza entre los árboles situados sobre una colina, la que después de considerable esfuerzo logré ascender. Al llegar a la casa, una anciana de quizás setenta años me recibió, y después de un saludo que fué muy apresurado, me acosó con preguntas tan rápido como podía hacerlas, invitándome al mismo tiempo a entrar. Ahora bien, no pretendo decir que había algo de un carácter muy atractivo acerca de la casa, pero uno siente bajo un techo que hay seguridad; aunque la yerba pueda ser más suave que las camas, el aire libre más fresco que el calor de un fuego medio apagado, con todo uno siente que tiene la compañía de su especie, y como en este caso, aceptar una cama de varas y la montura por almohada, antes de no sentir que uno no está cerca de un ser humano.

Esta vieja casa probó ser hospitalaria, a pesar de su aspecto poco prometedor, pues la anciana, de antigua estirpe, todavía conservaba la estampa de años pasados, cuando la esperanza pintaba todo en bellos colores, y su confianza en mí aumentó, cuando ella vió que yo tomaba con interés todo lo que ella decía de su anterior posición, su familia y fortuna, cosas que poseía, hasta que las guerras civiles comenzaron y convirtieron este eliseo en un ululante desierto.

Habiendo despachado a un muchacho al lago por algunos pescados, la señora comenzó a preparar la comida; mientras tanto, inició una vaga descripción de su vida y su familia, me dijo cómo había nacido de noble familia,

ried to the one she loved; how her husband became ambitious, headed a party to give her country peace, with a detailed account of his noble behavior at the memorable massacre at Sevíco. Her lands were confiscated, and she retired to this spot, where she has since remained unmolested.

Political animosities were running high at this time; one section was arrayed against another, the Leon against the Granada party. It was just after the first memorable siege of Granada, and a party of Indians from the Matagalpa district were marching to Granada. Hearing they had encamped in the neighborhood, and that their commander's daughter was with them, I sent one of some boxes of sardines I had, with my respects, to her. This so pleased the party, that I was immediately requested to visit them.

It was a grotesque scene; a great many fires burnt round at the foot of the hill, and flickered through the darkness of the night, at which groups were seated roasting plantains and dried beef. The commander with his officers were stretched out on blankets, encircling the one on which reposed the daughter of the regiment. I was soon introduced, and by the light of the watchfires was able to see the reflection in the dark eyes of the señorita, and to converse with her.

Having amused myself a while, I returned to the hut and to my bed of reeds, and slept as a traveller tired and weary only can sleep; the next morning by daylight I passed the encampment—the Indians with their bows and arrows, and the commander on his pallet borne by four Indians, and the señorita on her horse; I kissed my hand to her, and we parted. My road was now from a level of the lake to the mountain top, a succession of steep ascents, a highway that once was called the royal road, now cut down and worn so as to be almost impassable. I managed to ascend, however, after some five hours labor, to the top, where a scene burst upon my view which fully repaid me, a view such as I have never seen before or since, commanding almost all the low lands of Nicaragua, Lake Nicaragua, and Managua, and the volcanoes of Mombache, Messiah, El Viejo, and the Island Mountain of Omatepe.

From this stand-point I could see the low lands of the Rivas department south, the mountains of Matagalpa north, the Chontales to the east, and the level plain of Leon to the west, with El Viejo to the extreme right, and the volcano of Messiah belching forth clouds of smoke, which floated off some hundred miles over the Pacific Ocean.

As I cast my eye over this lovely scene, I remembered the words of the old lady I had left in the morning—"Is there no hope for my country? Must I go down to my grave and see no return of those happy days, when youth had its blessings, virtue its reward, love its chosen bowers, industry its recompense, and age its holy retirements; when the fields gave their abundant supplies, and this road was studded with rich freights from the mines and mountain products? Who shall redeem this land? We have a legend here that there is to come one called the 'gray-eyed man,' under whose providential rule we are again to be blessed. Would that he were come!"

Chicoya is the next town I reached; after having crossed several mountain ridges, and having found a house where I proposed to remain for the night, I proceeded for a bath to the river, a fine stream running in a crescent round the town giving it a very picturesque ap-

crecido a una prometedora madurez, fue casada con aquel que amaba; cómo su marido se tornó ambicioso, encabezó un partido para darle paz al país; se hizo una detallada reseña de su noble conducta en la memorable masacre de Sébaco. Sus tierras fueron confiscadas, y se retiró a este sitio; donde desde entonces ha permanecido sin ser molestada.

Animosidades políticas estaban rampantes por este tiempo; una sección estaba enfilada contra la otra; el partido de León contra el partido de Granada. Fue justamente después del primer memorable sitio de Granada, y un grupo de indios del distrito de Matagalpa iban marchando hacia Granada. Oyendo que estaban acampados en la vecindad, y que la hija del comandante estaba con ellos, le envié una caja de sardinas, de unas que tenía, con mis respetos. Esto agradó tanto al grupo, que fui invitado inmediatamente a visitarlos.

Era una escena grotesca; numerosos fuegos ardían alrededor del pie de la colina, y chisporroteaban en la oscuridad de la noche, ante los que los grupos estaban sentados asando plátanos y carne seca. El comandante con sus oficiales estaban tendidos sobre frazadas, rodeando a la en que reposaba la hija del regimiento. Fui pronto presentado, y a la luz de las fogatas pude ver sus reflejos en los ojos negros de la señorita, y conversar con ella.

Habiéndome distraído por un rato, regresé a la choza y a mi cama de varas, y dormí sólo como un viajero cansado y agotado puede dormir; a la mañana siguiente, a la luz del día pasé por el campamento—los Indios con sus arcos y flechas, y el comandante en un palanquín cargado por cuatro Indios, y la señorita en su caballo; le envié un beso con mi mano, y nos separamos. Mi camino era ahora desde el nivel del lago a la cima de la montaña, una serie de empinados ascensos, una vía que en un tiempo fue llamada camino real, ahora mermado y destruido hasta ser casi intransitable. Yo logré subir, sin embargo, después de cinco horas de labor, hasta la cima, donde un paisaje se presentó ante mis ojos que me compensó debidamente, una vista tal como la que nunca había admirado antes, o después, dominando casi todas las tierras bajas de Nicaragua, el Lago de Nicaragua y el de Managua, y los volcanes Mombacho, Masaya, El Viejo, y la Isla-Montaña de Ometepe.

Desde este punto de vista, podía ver las tierras bajas del departamento de Rivas, al sur, las montañas de Matagalpa al norte, las de Chontales al este, y la uniforme planicie de León al oeste, con El Viejo al extremo derecho y el volcán de Masaya, arrojando nubes de humo, que flotaban unas cien millas sobre el Océano Pacífico.

Mientras ponía los ojos en esta preciosa escena, recordé las palabras de la anciana que había dejado en la mañana—"Hay esperanzas para mi patria? Debo bajar a mi tumba y no ver el retorno de aquellos días felices, cuando la juventud tenía sus gracias, la virtud su premio, el amor sus escogidas glorietas; el trabajo su recompensa; y la vejez sus sagrados retiros; cuando los campos daban sus abundantes cosechas, y este camino estaba tachonado con los ricos cargamentos de las minas y productos de las montañas? Quién redimirá esta tierra? Tenemos aquí una leyenda que ha de venir alguien llamado "el hombre de los ojos grises," bajo cuyo providencial gobierno hemos de ser felices de nuevo. Quisiera que viniera!"

Chocoyos es el siguiente pueblo donde llegué; después de cruzar varias serranías, y encontrar una casa donde me propuse pasar la noche, procedí a darme un baño en

pearance. I had not been in the water long when an old woman came with some soap and offered to bathe me, but I thankfully declined this as I was not accustomed to it, at which she was a little astonished, in her simplicity saying, "I can wash you better than you can yourself." She then commenced to tease me by telling me there were *gatos* (crocodiles) in the river, and turning to a smooth-barked tree she cut it, when a milky juice ran out which she called *venano diablo* (devil's poison), and that one drop of that placed in the eye or on a cut would produce instant death.

I thanked her for her information, and begged she would not use any of it on me. She laughingly went away to get my supper, which I found to be a mixture of plantains, eggs, onions, &c., all boiled up together in one mass, all of which I did not relish much, but getting the same things together I showed her a little of my cooking in the shape of fried eggs, fried plantains, fried onions, some nicely toasted dried beef, and adding a good cup of chocolate, which she did not know how to make, and a cracker or two I had with me, I made such a meal as any hungry man would not have grumbled at.

The women were all very much amused at my knowledge of culinary affairs, and said they would know how to cook for the strangers next time. Having finished my meal, I brought out some little trinkets I had with me and gave them round; my new made friends were delighted, put them on and strutted round with their newly earned finery, and in a few moments I had the whole town down to see me, some to try to purchase, some to see the American. Some persons would have been afraid to show them anything of value; but I was not so, I made confidants of them and went on my way rejoicing. The next morning's sun found me on a beautiful and level road, many miles away towards Sevico.

Sevico is beautifully situated on an eminence commanding a very extensive view of what was once a thickly populated country, and a pretty river that flows round the foot of the hill; but thanks to the revolutions, there are but few huts now, sparsely situated, and as little cultivation. Round the town, however, onions are cultivated to a considerable extent, and as I remarked before, it is the Weathersfield of Nicaragua.

The onion beds are planted near the river, and they are irrigated by means of spouts, the water being raised by hand from the river, the agriculturists not having the sense to cut ditches from a dam above, or of erecting a wheel which would elevate the water. The old lady might well exclaim, "Oh, my country! my country!"

This is one of the most interesting towns in the State. At one time the citizens being wealthy, and a restraint being imposed upon them by the Government of Spain in the way of lordly officials, they proposed to buy the freedom of the town; so they sent seven mule-loads of gold to King Ferdinand, of Spain, and in return he granted them a free municipality with six miles square of territory, at the same time gave them a golden charger mounted by a golden knight, which were deposited in the church in due form, with the papers and the King's seal; the seal and certificate still remains, but the horse and rider have long since disappeared. The town is said to be situated on a gold bearing rock; this, however, I am not inclined to believe, as it does not lay in the gold region proper, but is on the other side from it.

el río, una hermosa corriente que rodea en semi círculo al pueblo dándole una atractiva apariencia. No tenía mucho tiempo en el agua, cuando llegó una vieja con jabón y se ofreció a bañarme, pero yo, precavidamente, rehusé, pues no estaba acostumbrado a ello, por lo que ella se sorprendió un poco, y con toda sencillez me dijo: "Yo puedo lavarlo mejor que usted mismo!" Luego me comenzó a molestar diciéndome que había gatos (lagartos) en el río, y dirigiéndose a un árbol de corteza lisa, lo cortó; cuando un jugo lechoso brotó, ella dijo que se llamaba veneno del diablo y que si se echaba una gota en un ojo o en una herida, produciría una muerte instantánea.

Le agradecí su información y le rogué que no usara nada de él en mí. Ella, riéndose, se fué a prepararme la cena, la que encontré ser una mezcla de plátano, huevos, cebollas, etc., todo cocido en una sola masa, lo que no me apeteció mucho, pero cogiendo las mismas cosas, le demostré un poco de mi arte de cocinar en la forma de huevos fritos, plátanos y cebollas fritos, algo de carne seca asada bien, y agregando una buena taza de chocolate, el que no sabía cómo preparar, y una galleta o dos de las que yo llevaba, me preparé una vianda, de la que ningún hombre hambriento hubiera refunfuñado.

Las mujeres todas estuvieron muy divertidas de mis conocimientos culinarios, y dijeron que ahora sabrían cómo cocinar para los extranjeros la próxima vez. Habiendo terminado mi comida, saqué algunas baratijas que yo traía y las repartí; mis nuevas amigas estaban encantadas, se las pusieron y se contoneaban con sus recién ganados aderezos, y en unos pocos momentos, yo tenía a todo el pueblo encima, unos tratando de comprar, otros de ver al Americano. Algunas personas hubieran tenido miedo de enseñarles algo de valor, pero yo no, les demostré mi confianza, y seguí mi camino contento. El sol de la siguiente mañana me encontró en un camino bello y parejo, a muchas millas hacia Sébaco.

Sébaco está preciosamente situado en una eminencia que domina una vista muy extensa de lo que era una vez una región densamente poblada, y un bonito río que fluye alrededor del pie de la colina; pero gracias a las revoluciones, no hay ahora sino pocas chozas diseminadas, y muy pocos cultivos. Alrededor del pueblo, sin embargo, las cebollas se cultivan en grado considerable, y como dije antes, es el Weathersfield de Nicaragua.

Las eras de las cebollas se siembran cerca del río, y se irrigan por medio de regaderas llevando a mano el agua del río, pues a los agricultores no se les ha ocurrido hacer zanjas desde una presa en lo alto, o instalar una rueda hidráulica para subir el agua. Bien puede aquella anciana exclamar: "Oh, mi tierra, mi tierra!"

Este es uno de los más interesantes pueblos del Estado. En un tiempo, los ciudadanos eran ricos, y habiéndoseles impuesto restricciones por el Gobierno de España en la forma de funcionarios reales, se propusieron comprar la libertad del pueblo; así que enviaron siete mulas cargadas de oro al Rey Fernando, de España, y en cambio, él les concedió un municipio libre con seis millas cuadradas de territorio, al mismo tiempo les dió un corcel de oro con un caballero también de oro montado en él, los que fueron depositados en la iglesia en debida forma, con los documentos y el sello Real. El sello y la cédula todavía existen, pero el caballo y el caballero desaparecieron hace tiempo. Se dice que el pueblo está situado sobre una roca cargada de oro; esto, sin embargo, no estoy inclinado a creer, puesto que no está en la mera región del oro, sino al otro lado de ella.

To produce these riches paid to Ferdinand, the *Hidalgos* had oppressed the Indians; they were made to pay heavy tribute to the crown, they were forced to the mines, and in fact were nothing more than slaves. This aroused them to mutiny throughout the mountains, knots of them got together and resolved to be free, bows were cut, the sinews of the deer came into requisition, the straight bushes of the hills made arrows, and the flint-headed arrow was dipped in the *veneno diablo* (devil's poison). There was concert of action; Sevico was besieged; it held out for a short time, but the Indians were fired with a desperate energy; they scaled the walls, and the inhabitants were all massacred, none left to tell the tale. From that time it has dilapidated, until it is but a poor remnant of what it was, but the certificate and the seal are there yet to tell the tale that they were once a free community—a happy people.

There had been a report that Sevico was to be attacked, and on my return I entered the town late at night; I found that the lights disappeared as I advanced, and before I reached the Plaza the whole town was darkened. I saw one light, however, that glimmered, and I rode towards it. I found a room full of persons, male and female, who had evidently collected to consider what was to be done? They spoke not a word as I rode up, and I accosted them as friends, which seemed to relieve them very much. I mentioned that I was a traveller, and wanted a house to sleep in; they did not seem to credit me, however, and said I must go further on to a house where they generally entertained strangers, and gave me the direction. I then started to find the house, but there being a steep hill between, my horse stumbled, and threw me over his head, carrying the saddle along. After some time, I managed to collect the trappings together, and had to return, and, riding boldly up, told them they must furnish me with a lodging. One of them then came forward and asked me several questions, which being satisfactorily answered, he took me to his house, where I spent the night.

The road from Sevico to Matagalpa is over several mountain ridges, but sufficiently varied with mountain scenery to be very interesting. The Indians who live here cultivate some cotton, several fields of which I saw, but it was dwarfish, as these people do not understand the art and benefits of cultivation; they make sufficient, however, for their use, and they care for no more. I also saw several beautiful birds, new to me, and such as do not inhabit the lower lands; one resembled the Bird of Paradise; it is here called the Prince's Bird, from the fact that the old Indian chiefs only were allowed to wear the feathers in their head-dress.

As I rode along this road, I found that at times my horse would suddenly start as by some inward impulse, and his having done so frequently, I determined to find, if possible, the cause; on watching very closely, I found that there were a number of small leads of quartz crossing the road, and as my whole thoughts were centred on the mines I was going to see, I found that it was my own excitement that caused me to lean in my spurs to the horse's side, which excited him to dart forward. How natural it was to become unconsciously excited as I approached a country whose leads of gold-bearing quartz in almost every mountain crossed it at regular intervals! I began, however, by this time to feel a little weary and quite lonely; for I confess, however pleasant it is to get rid of people for a time, still the heart naturally turns longing for its own kind; even Byron, when he wished for the wilderness, could not help thinking of "one fair spirit" to minister to him there.

Para producir esas riquezas dadas al Rey Fernando, los *hidalgos* habían oprimido a los Indios; fueron hechos pagar pesados tributos a la corona, los forzaron a las minas y en realidad, eran nada más que esclavos. Esto los soliviantó a amotinarse en las montañas; grupos de ellos se juntaron y resolvieron ser libres, cortaron los arcos, los tendones del venado se pusieron en demanda, de las ramas rectas de los arbustos hicieron flechas, y las agudas puntas las sumergieron en veneno del diablo. Hubo concierto en la acción; Sébaco fue sitiado; se sostuvo por un tiempo corto, pero los Indios estaban animados de energía desesperada; escalaron las tapias, y los habitantes fueron todos masacrados, ninguno quedó para contar el cuento. Desde entonces se ha dilapidado, hasta ser un pobre vestigio de lo que fué, pero la cédula y el sello real están allí para contar la historia que fue una vez una comunidad libre—un pueblo feliz.

Había habido un informe de que Sébaco iba a ser atacado, y a mi regreso, entré al pueblo ya entrada la noche; encontré que las luces se apagaban a medida que avanzaba, y antes de llegar a la Plaza, todo el pueblo estaba a oscuras. Vi una luz, sin embargo, que brillaba vacilante, y me encaminé hacia ella. Encontré un cuarto lleno de gente, hombres y mujeres, que se habían evidentemente reunido para considerar lo que debía hacerse. No pronunciaron palabra cuando me acerqué, y yo les hablé como amigos, lo que pareció aliviarlos mucho. Les mencioné que era un viajero, y deseaba una casa en donde dormir; ellos parecieron no darme crédito, sin embargo, y dijeron que debía ir más adelante a una casa donde generalmente se albergan extranjeros, y me dieron las señas. Yo, en seguida, comencé a buscar la casa, pero habiendo allí una empinada cuesta, mi caballo tropezó, y me arrojó sobre su cabeza con todo y montura. Después de un rato, logré recoger los arreos, y tuve que regresar, y dirigiéndome a ellos osadamente, les dije que debían proveerme un alojamiento. Uno de ellos, entonces, avanzó y me hizo varias preguntas, las que fueron satisfactoriamente contestadas; me llevó a su casa, donde pasé la noche.

El camino de Sébaco a Matagalpa es sobre varias serranías, pero suficientemente variado con paisajes montañoses que lo hacen muy agradable. Los Indios que viven aquí, cultivan algo de algodón; de los que vi algunos plantíos, pero era enano, pues estas gentes no entienden el arte y beneficios del cultivo; ellos siembran, sin embargo, lo suficiente para su uso, y no les importa más. Yo vi también varios pájaros bellos, nuevos para mí, y tales como que no habitan las tierras bajas; uno se parecía al Ave del Paraíso; aquí se le llama Pájaro del Príncipe, por el hecho de que a sólo los viejos caciques Indios les era permitido usar sus plumas en sus cabezas.

A medida que avanzaba por este camino, encontré que a veces mi caballo se sobresaltaba de pronto como por un impulso interior, y habiéndolo hecho con frecuencia, determiné encontrar, si era posible, la causa; al observar cuidadosamente, encontré que había un número de cristales de cuarzo cruzando el camino y como todos mis pensamientos estaban centrados en las minas que iba a ver, descubrí que era mi propia excitación la que hacía que me apoyara con mis espuelas en los ijares del caballo, lo que lo impulsaba a lanzarse adelante. Cuán natural era ponerse inconscientemente excitado, mientras me acercaba a la región donde los cristales de cuarzo, cargados de oro, se me cruzaban a intervalos regulares! Yo comencé, empero, por entonces a sentirme un poco cansado y bastante solo; pues he de confesar, por muy agradable que sea desembarazarse de la gente por un tiempo, con todo, el corazón naturalmente se vuelve ansioso por su propia especie; aun Byron, cuando suspiraba por la soledad, no podía menos que pensar en "un espíritu sereno" a quien atender allí.

Sitting doggedly down upon a stump before I reached the top of the hill that commands a view of Matagalpa, I began to revolve in my mind how foolish I was to be roaming away into such a country, no friends near, and everything looking particularly drear, for it was just at the end of the dry season.

At this moment my thoughts crowded upon me as fast perhaps as they do upon the mind of a drowning man. With nothing to divert my attention, sitting on a stump in a wood near the top of a wild mountain, in a strange country, and alone, my first thoughts were of home, family, friends; then I ran back to the days of my childhood, then to the days of my youthful aspirations, when I determined to strike out from the ordinary paths of man to some higher ambition. With a severe effort I was again on my horse, we reached the hill top, when lo! a scene burst upon my view the effect of which I cannot describe. I had now turned to the Atlantic side; the mists driven by the trade-winds brushed their damp folds along the hill-sides, giving life to vegetation, and the mountains were clad with a velvet verdure to their cloud-capped tops; the green pines and oaks bore their vernal heads pointedly against the blue heavens, and this when I had just turned from a picture where everything was dry and dead; the contrast was therefore greater, and I caught myself involuntarily exclaiming:

"In Canaan's fair and happy land,
Where my possessions lie."

Matagalpa laid before me, imbedded in the emerald hills, at the side of a sweet stream, whose cool waters sung a joyous song to my ears, as they gurgled down the valley to be lost finally in the Atlantic Ocean.

Having thrown myself into the bosom of the cooling waters, and wooed its health restoring embrace, my spirits were again buoyant as I coursed along its green banks to Matagalpa, an old mining town, which gave as evident signs of decay as any place in the State. The church had its cracked bell, the old water-wheel was broken down, the inhabitants were not more energetic than I had found them elsewhere, and the old street crossings plainly told that its glory had departed, never to be improved by the mongrel race that possess it.

Here I found good wheat bread—as wheat is grown in the neighborhood—of which I ate heartily and passed on, the scene deepening in interest as I proceeded. The clouds hung in deep folds around the hill-tops, and the grassy rolling prairies extended far and wide, sufficient for the pasturage of thousands upon thousands of cattle; but there were few to be seen, and the deer held undisputed sway over the rich mountain-tops, where they could hide instantly at the approach of danger.

A few miles over this evergreen, and I was on the hacienda of San Ramon, the place I started to see, a sketch of which is presented. As I approached the place the sun was setting behind the hills; a sweet air came up through the valley; the birds were singing a song to departing day; which with the inspiration of the moment, the knowledge that I was treading on a golden soil, and the sweet balmy temperature, more completely satisfied me with the place, and produced sensations of pleasure I never before experienced.

Sentándome tercamente sobre un tronco, antes de llegar a la cima de la montaña que domina una vista de Matagalpa, comencé a darle vueltas en mi mente, cuánto tonto era al andar errante en semejante región, sin amigos cerca, y pareciendo todo particularmente monótono, pues era al justo final de la temporada seca.

En estos momentos mis pensamientos se aglomeraban con tanta rapidez, quizás como lo hacen en la mente de un hombre que se ahoga. Con nada para distraer mi atención, sentado en un tronco en un bosque cerca de la cima de una montaña abrupta, en un país extraño, y solo, mis primeros pensamientos fueron del hogar, de la familia, de los amigos; luego retrocedí a los días de mi niñez, luego a los días de mis aspiraciones juveniles cuando decidí lanzarme de los caminos ordinarios de los hombres a más altas ambiciones. Con un esfuerzo supremo estaba de nuevo sobre mi caballo; llegamos a la cima, cuando hé aquí! que un paisaje se presentó a mi vista, el efecto del cual no puedo describir. Había llegado ahora al lado del Atlántico; las brumas empujadas por los vientos alisios rozaban sus húmedos pliegues sobre las laderas, dándole vida a la vegetación, y las montañas estaban revestidas de un verdor aterciopelado hasta las cimas coronadas de nubes; los verdes pinos y los robles empujaban sutilmente sus primaverales copas hacia el azul del cielo, y eso cuando acababa de dejar un cuadro donde todo estaba seco y muerto; el contraste era, por lo tanto, mayor, y me oí involuntariamente exclamando:

*"En la tierra bella y fértil de Canán
donde mis posesiones están."*

Matagalpa yacía ante mí, enclavada entre montañas de esmeralda, al lado de una dulce corriente, cuyas frescas aguas entonaban un canto alegre a mis oídos, mientras gorgoteaban valle abajo para perderse finalmente en el Atlántico.

Habiéndome arrojado al seno de las refrescantes aguas, y buscado su restaurador abrazo, mi espíritu estaba de nuevo animado, a medida que recorría sus verdes riberas hacia Matagalpa, un antiguo poblado minero, que daba evidentes muestras de decadencia como cualquier lugar en el Estado. La iglesia tenía su campana rajada, la vieja rueda hidráulica estaba destartada, los habitantes no eran más enérgicos que los que había encontrado en otra parte, y los antiguos cruces de las calles, claramente decían que su gloria había pasado, para nunca ser mejorada por la raza mestiza que la poseía.

Aquí encontré buen pan de trigo—pues el trigo se siembra en los alrededores—del cual comí gustosamente, y seguí adelante, el paisaje creciendo en interés mientras avanzaba. Las nubes colgaban sus profundos pliegues sobre las cimas de las montañas y las ondulantes praderas se extendían por todas partes, suficientes para el pastoreo de miles y miles de ganado; pero allí se veían pocos, y el venado ejercía el dominio indiscutido sobre las ricas cimas de las montañas, donde podían esconderse inmediatamente al aproximarse el peligro.

Unas pocas millas sobre este verdor, y estaba en la hacienda de San Ramón, el sitio que había salido a ver, un boceto de la cual se acompaña. A medida que me acercaba al lugar, el sol se ponía detrás de las montañas; una suave brisa subía por el valle; las aves entonaban un canto al día que partía; lo que, con la inspiración del momento, el conocimiento de que pisaba tierra de oro, y la dulce temperatura balsámica, más completamente me causó satisfacción con el lugar, y me produjeron sensaciones de placer que nunca antes había experimentado.

I was somewhat fatigued, but I climbed to the top of a round hill to get a better view of the scene. The summer breath fell in subdued tones on my ear, borne down as it was by perfumes that exhaled from the copses of wild orange, lemon and wood lily—a species exceedingly fragrant, so much so as to be perceived sometimes for nearly a mile. The mountain in front, with its brambled and rugged ravines, raised itself proudly up to the clouds, holding, as it does, untold millions within its rough exterior, while rivulets sprung from every gorge to give its power to those who would use it, or its fertilizing qualities to the vale beneath.

Nature is here somewhat reversed. We are accustomed to see the tallest grass in the meadow and the hill-tops as bleak and barren as the clime they inhabit; but here the hills are greenest at top, as vegetation here receives its first kiss from the clouds that hang round, presenting a very novel and interesting appearance. Several streams were concentrated, by means of aqueducts, to a point near the house I had chosen for my temporary residence, where an old *arastra* was made to turn by its force, dashing on a large wheel connected with a shaft that dragged two large stones round in a bed, where the quartz were placed to be worn out, and the gold deposits amalgamated with quicksilver. This old mill is kept running until the natives want some money, when they clean up, taking from three to eight hundred dollars a month, according as they have been industrious or lazy. There are some fourteen *arastras* running in this place alone, and I was astonished to find that the water-wheels were made of rosewood and a species of zebra-wood, but much more beautiful than any I had yet seen—such wood as a palace would be decorated with, but only laid on as a veneering.

I here eat wheat bread—the wheat grown on the place—but the meal was a woful one for such a country, and I determined to have better. A cheap ring or two (brass, in a land of gold) soon gained me the good will of the folks; so by the time morning came, the peons, or laborers, brought in their offerings. A few of the large stocks of sugar-cane, that grew on the field above the house, were crushed, and we had sugar; the cows were found, and we had butter, milk, &c.; the natives brought rice, chickens, eggs, beans, honey; some brought cigars, native wine and *penole*; we had strayed into the groves and returned with bananas, oranges and lemons; and from the banks of the streams I collected mint for a mint-salad; and as I sat down to a feast, all being the productions of his one place, I exclaimed “Eureka!” A deer I had killed furnished fresh meat, and after breaking the fast of the night I visited one of the mines. I found a belt of quartz, bearing gold, some thirty feet wide, of detached boulders of rotten or ripe quartz, which yielded from one hundred and fifty dollars and upwards to the ton, running through the entire mountain, and plainly cropping out on the point of the hill, but it had been hardly opened, as the natives are very poor miners.

Having pulverized a small piece of the quartz, I was clearing it up, when a boy came and dug in the sides of the stream. Collecting a horn-full of the earth, he washed it out, when there remained in the bottom a small pinch of fine gold, which satisfied me that gold was disseminated throughout the whole soil.

For a short time I indulged in the pleasures of the country—roamed, fished, shot and bathed, and I only left determined to revisit this scene, with a power whose iron jaws should grind out my share of the wealth embedded in these romantic mountains. Who will follow?

Estaba un tanto fatigado, pero subí a la cima de una colina redonda para obtener una mejor vista del paisaje. El resuello del verano caía en tonos sumisos en mi oído, llevado, como si fuera, por el perfume que exhalaba de las matas de naranjos, limoneros y lirios del valle silvestres—especies extremadamente fragantes, tanto así, que se perciben algunas veces por cerca de una milla. La montaña al frente, con sus breñosas y ásperas cañadas, se levantaba orgullosa hasta las nubes, guardando, como lo hace, incalculables millones dentro de su rudo exterior, mientras los riachuelos brotan de cada barranco para dar su energía a aquellos que quisieran usarla, o sus cualidades fertilizantes al valle bajo ella.

La naturaleza aquí está un tanto invertida. Estamos acostumbrados a ver la hierba más alta en la pradera y las cimas de las colinas tan desiertas y yermas como el clima en que habitan; pero aquí las colinas son más verdes en la cima, pues la vegetación aquí recibe su primer beso de las nubes que cuelgan a su alrededor, presentando un novedoso e interesante aspecto. Varios riachuelos se reunieron, por medio de acueductos, en un punto cerca de la casa que había escogido para mi residencia temporal, donde un viejo arrastre se hacía girar con su fuerza empujando una gran rueda conectada con una barra que arrastraba dos grandes piedras alrededor de una pila, donde el cuarzo era puesto para ser triturado, y los depósitos de oro amalgamados con azogue. Este viejo molino se mantiene funcionando hasta que los nativos desean algún dinero, entonces ellos se asean, llevando consigo de tres a ochocientos dólares al mes, de acuerdo a como hayan sido de industriuosos o perezosos. Hay unos catorces arrastres funcionando sólo en este lugar, y me sorprendí al averiguar que las ruedas hidráulicas eran hechas de palo de rosa y una especie de madera de zebra, pero mucho más hermosa de las que haya visto antes—tal madera como con la que un palacio podría decorarse, puestas solamente como enchapes.

Aquí como pan de trigo—el trigo se siembra en el lugar—pero la comida era desastrosa para una región como esta, y tomé la determinación de tener una mejor. Uno o dos anillos baratos (latón, en la tierra del oro) pronto me ganaron la buena voluntad de la gente; así, cuando llegó la mañana, los peones o trabajadores, trajeron sus ofrendas. Unas cuantas varas largas de caña de azúcar, que crecen en el terreno arriba de la casa, fueron trituradas, y tuvimos azúcar; se hallaron las vacas y tuvimos mantequilla, leche, etc.; los nativos trajeron arroz, pollos, huevos, frijoles, miel; algunos trajeron puros, cususa y pinol; nos habíamos desviado entre las arboleda y regresamos con bananos, naranjas y limones; y de las riberas de los ríos, recogimos hierbabuena para una ensalada, y cuando me sentaba a un festín, siendo todo producto de este mismo lugar, exclamé “Eureka!” Un venado que había matado proveyó carne fresca y después de romper el ayuno de la noche, visité una de las minas. Descubrí una veta de cuarzo aurífero, de unos treinta pies de ancho, de pedrejón de cuarzo maduro que rindió de ciento cincuenta dólares y más por tonelada, que corría por toda la montaña y claramente afloraba en la cima de la colina, pero apenas si había sido abierta, ya que los nativos son muy pobres mineros.

Habiendo pulverizado un pequeño pedazo del cuarzo, lo estaba limpiando, cuando llegó un muchacho y cavó al lado del río. Recogió un cuerno lleno de tierra, la lavó, quedando entonces en el fondo una pisca de oro fino, lo que me convenció de que el oro estaba diseminado por todo el terreno.

Por un corto tiempo me entregué a los placeres de la región—vagué, pesqué, tiré y me bañé, y sólo me alejé determinado a visitar de nuevo este lugar, con una potencia cuyas férreas fauces han de triturar mi cuota de la riqueza enclavada en estas románticas montañas. Quién me seguirá?